

11ª
EDICIÓN
2024

CONCURSO
DE
MICRORRELATOS
ESCRIBIR
POR
DERECHOS



<https://blogs.es.amnesty.org/madrid/escibir-por-derechos/>

AMNISTÍA
INTERNACIONAL



Bulos,
fake news,
manipulación
de noticias,
mentiras...

Contra
la desinformación,
EL DERECHO A UNA
INFORMACIÓN VERAZ

RELATOS Premiados y finalistas

La última mentira **PRIMER PREMIO DEL CONCURSO**

Manuel Jover Martínez (Valencia)

He sido el creador de muchos bulos. He arruinado varias carreras políticas, y destrozado algunas familias. He sembrado en la gente miedos y prejuicios. He fomentado, a sabiendas, la ignorancia y la insensatez en asuntos sanitarios y sociales. Quizá, involuntariamente, hasta haya causado más de una muerte. Hice todo ello con dedicación, como si fuera una forma de trabajar como cualquier otra y para otros. A veces, incluso, en contra de mis propias ideas y creencias. Con una sustanciosa contrapartida, por supuesto. Ahora, al final, es cuando soy plenamente consciente del daño que he causado. Yo mismo he redactado la noticia que empezará a circular mañana, cuando descubran mi cuerpo, para que todo parezca un desafortunado accidente.

Fea de verdad **MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO**

Francesc Xavier Beneyto Ibáñez (Valencia)

Cuando llegó a la redacción, el pensamiento fue unánime: era una noticia fea, fea de verdad. El personal andaba inquieto, nadie quería acercarse a ella, pero había que reaccionar antes de que los de arriba o, peor, nuestros lectores, se la encontraran de frente.

Llamaron de urgencia al departamento de estética y, en cuestión de segundos, llegaron cuatro operarios con batas y guantes arrastrando un carrito repleto de herramientas y potingues. La rodearon y comenzaron a trabajar sobre ella. Todos allí sabíamos que no iba a ser un caso típico, de esos que solventaban con máscara, corrector, bálsamo y tinte. Ese día el equipo venía a desplegar todo su arsenal: los jabones eufemísticos, los polvos de evasión, el rizador de rizos, la sombra de sospecha, el contorno de ambigüedades, el difusor de falacias, el esmalte recriminador...

Cuando la noticia salió de la redacción era otra; la habían dejado perfecta. Nos fuimos a almorzar y entró la cuadrilla de limpieza, que retiró los restos de verdad que habían quedado esparcidos por el suelo.

Something Stupid **MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO**

Juan Carlos Cellerino (La Plata -Argentina)

Las cartas están echadas. Un auto enclenque surca el cielo de Nueva York. Dibuja filigranas a su paso. Causa asombro y conmoción.

Orson reclina su figura en una silla de pana. Repasa al detalle el manual. Sabe o supone que las marcas que se infligen en el lienzo perduran como la más tierna historia jamás contada.

Arguye que la hora de la siesta es el momento exacto para dar el golpe. Intuye la turbación de una sociedad acostumbrada a la nada. Enciende una lámpara de tules blancos adormecidos, mientras en la pista uno se cuele Something Stupid. La invasión extraterrestre estaba en marcha.

Ese día escuché solo lo que quería escuchar. Apagué la radio y me encontré con otras sombras en la calle que estaban al acecho del embuste y el engaño. La patraña había durado lo suficiente, los hombrecitos verdes invadían los cafés y los parques públicos. Cuando desperté comenzaba la larga noche de Halloween.

El fin

Jesús Castellón Motta (Sant Cugat del Vallés -Barcelona)

Cuando en X empezaron a twittear que al día siguiente llegaba el fin del mundo, no me lo creí. Contrasté la información en Instagram, pues yo no me fío de cualquier fuente. Allí, todos los influencers confirmaban la noticia. Miré en TikTok y lo mismo. Incluso sugerían que era un buen momento para vender tus criptomonedas. Facebook lo confirmaba. Todas las redes sociales lo decían: el fin del mundo era inminente. Al día siguiente, sin esperanza, salí a la calle. Era el caos. Todo el mundo se había vuelto loco ante la noticia. Robaban, violaban y se mataban entre sí, quemándolo todo en una vorágine de destrucción. Las redes tenían razón: había llegado el fin del mundo.

Especularis

Olga Mesa Jorge (Santa Cruz de Tenerife)

Me han regalado un espejito que sirve para especular. No explora el cuerpo en busca de muestras, como la mayoría. Este crea suposiciones y saca conjeturas sin necesidad de pruebas. Como otros espejitos, cuenta con dos palas que parecen el pico de un loro furioso. Cuando las abro, mis padres se enfadan con los vecinos y se oyen portazos en el edificio. Cuando las cierro, la gente se encuentra al fresco de la tarde y comienzan a charlar. Algunos creerán que es difícil manipular un aparato tan extraño, pero a mí me bastó verlo una vez en funcionamiento para entender su mecanismo. No me hizo falta ni leer las instrucciones.

El vestido perfecto

Juan Carlos Valenzuela (Sevilla)

Lo único que recuerdo cuando nací es la sensación de frío, fragilidad y vulnerabilidad. La sensación de que cualquiera me podía usar, mal interpretar o tergiversar. Y no me equivocaba. El tiempo me dio la razón y fruto de todo ello, de mi vulnerabilidad, del uso malintencionado de mí, se produjo el nacimiento de mi hermana. Ya no hacía falta manipularme, solo bastaba con usarla a ella, a quien le encantaba. Cuanto más lo hacían, más crecía su ego. Cuanto más lo usaban, más sola me sentía yo.

Hola, mi nombre es información y me siento desnuda. Cuando nací, podía sentir mi vulnerabilidad, pero solo estaba yo. Única. Mi simple aparición bastaba. Ahora no. La existencia de mi hermana, la desinformación, lo complica todo. Nos pueden confundir. Ella se siente cómoda desnuda, yo no, ahora no. Necesito distanciarme de ella, necesito que no me confundan con ella. Necesito un vestido. Sé, además, cual es ese vestido, el que me hará sentirme como antes, única. Necesito ser yo, necesito estar vestida de verdad, solo así podré con mi hermana.

Hola, he renacido, mi nombre es información veraz y ya no me siento sola ni desnuda.

La trans(in)formación

Miguel Ángel Romo Sánchez (Torrejón del Rey – Guadalajara)

Al desvelarme una madrugada, durante una angustiada pesadilla, me encontré atrapado bajo un caparazón de papel, oscuro y curvo, hecho a base de retazos de hojas de periódico impresas con una miserable sucesión de titulares sensacionalistas y de noticias sin contrastar.

Decidido a no dejarme manipular, comencé a rasgar con mis apéndices temblorosos la capa que, adherida a mi piel, me mantenía encerrado en un asfixiante mundo donde las verdades se servían como la peccata guarnición del plato estrella de la carta: la mentira.

Con cada incisión sentía como si los bordes de mi envoltorio cobraran vida propia, de manera que las palabras, que desgarraba en finas hebras de tinta, se entrelazaban de nuevo para formar una rígida vaina en cuyo interior el aire se volvía pegajosamente denso, como el aroma que tiene toda información distorsionada.

Mientras tanto, desde mi habitación, podía escuchar por las calles a los frenéticos canillitas de los diarios dando cuenta a voz en grito de mi metamorfosis, como si eso bastara para dar sentido a las alienadas vidas de los sonámbulos habitantes de una sociedad mediocre y globalizada: Gregorio Lamda: la pupa humana , Lamda, ¿crisálida o collage? , De comercial apocado a perturbador mutante ...

Máster en periodismo

Jorge Ramos (Palencia)

La universidad pública es una mierda, por eso he hecho el máster en la privada: ahí sí que saben hacer divertido el periodismo. Empezamos el curso con un taller de manualidades que consistía en hacer unas ruletas, tres en total, una para personajes, otra para situaciones, y otra para lugares, las girabas y te salía algo como «un negro agradece a dos ancianas en la zarzuela», y ya tienes un buen titular. Después dimos «catastrofismo aplicado y otros miedos» y ahí nos la pasábamos viendo películas de sobremesa para sacar ideas con las que asustar a la gente; las mejores son en las que se acaba el mundo, es importante que se acabe un par de veces al año. Por último, en «ficción política y sociedad» nos enseñaron a desarrollar la creatividad y a escribir microrrelato, lo que me permite participar en iniciativas como esta y, quién sabe, tal vez publicar con Planeta algún día, como hacen los buenos periodistas.

Ahora sí que me siento preparado para trabajar, sé todo lo que tengo que saber y, por fin, me he atrevido a enviar mi currículum a Netflix.

Los portadores de la verdad

María Camila Perdomo Rodríguez (Sevilla)

En la ciudad, todos los días, un hombre vestido de gris recorría las calles repartiendo hojas en blanco. Aquel que se atrevía a preguntar qué significaba, recibía siempre la misma respuesta:

—Es la verdad, escrita en letras que sólo los valientes pueden ver.

Al principio, pocos aceptaban el papel. Pero la incertidumbre empezó a consumir a la gente, y pronto, todos los ciudadanos llevaban consigo sus hojas en blanco, observándolas con una mezcla de duda y esperanza, convencidos de que, si miraban lo suficiente aquel espejo sin reflejo, la verdad les sería revelada.

Sin embargo, no había nada en ellas. Ni una palabra, ni una señal, ni un trazo. Solo el peso de lo desconocido en cada página vacía.

Un día, un niño, con la audacia de la inocencia, encaró al hombre de gris y le preguntó por qué les daba hojas vacías.

Este respondió como quien cuenta un secreto que necesita gritarse a viva voz —Porque así es como la verdad se ve cuando no te la cuentan.

Ojos

Gema Moreno (Manzanares el Real - Madrid)

La niña no abría los ojos porque siempre le habían dicho que no podía ver. Sus familiares tampoco los abrían; ni los vecinos, ni los amigos. Hacía tanto tiempo que la gente mantenía cerrados los ojos que ya ni recordaban por qué no podían ver. Todos vivían en armonía y miraban la tele con sus oídos, desde donde se alababa la suerte de habitar un país tan tranquilo y próspero.

Con el tiempo, la niña se conformó con entender el mundo desde sus ojos cerrados. Pero un día de primavera, un rayo de sol le acarició los párpados. Le resultó tan agradable que, sin pensar, los levantó, lentamente, como un telón que inicia una obra de teatro. La niña comprobó entonces que aquel no era un país ni tranquilo ni próspero; que la tierra yerma se extendía hacia el infinito y estaba salpicada de cadáveres antiguos. Avisó con voz de espanto a su familia, a sus vecinos, a sus amigos. Y todos abrieron los ojos, y vieron que veían, y lloraron mares ante el desastre que hallaron acunado en mentiras.

Pero aquel llanto limpió los muertos y nutrió semillas.

Y fue así como empezaron a reconstruir desde lo cierto.